



1-2006

Periodismo, Orden y Cotidianeidad: Presentación de la Gaceta de Buenos Aires de Mariano Moreno (1810) y Prospecto de la Aurora de Chile (1812) de Camilo Henríquez

Alvaro Kaempfer
Gettysburg College

Follow this and additional works at: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac>

 Part of the [Latin American History Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Share feedback about the accessibility of this item.

Kaempfer, Alvaro. "Periodismo, Orden y Cotidianeidad: Presentación de la Gaceta de Buenos Aires de Mariano Moreno (1810) y Prospecto de la Aurora de Chile (1812) de Camilo Henríquez." *Revista Iberoamericana* 72.214 (January-March 2006) 125-138.

This is the publisher's version of the work. This publication appears in Gettysburg College's institutional repository by permission of the copyright owner for personal use, not for redistribution. Cupola permanent link: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac/12>

This open access article is brought to you by The Cupola: Scholarship at Gettysburg College. It has been accepted for inclusion by an authorized administrator of The Cupola. For more information, please contact cupola@gettysburg.edu.

Periodismo, Orden y Cotidianidad: Presentación de la Gaceta de Buenos Aires de Mariano Moreno (1810) y Prospecto de la Aurora de Chile (1812) de Camilo Henríquez

Abstract

En junio de 1810, Mariano Moreno aseguró que la Gaceta de Buenos Aires nacía para apoyar la exactitud, sinceridad, franqueza y continuidad del orden creado por la Revolución de Mayo y garantizar “que el Pueblo no resfríe en su confianza” (Gaceta 1-2). El periódico enfrentaría el engaño intencional e interesado, el uso malicioso de los errores del gobierno y la ignorancia sobre los asuntos públicos. Buscaría cohesionar a sus lectores y ordenar una sociedad en transición, ayudando a evitar “al fin una disolución, que envuelve a toda la comunidad en males irreparables” (Gaceta 1). Se planteaba, además, asegurarle a Pueblos y Provincias la transparencia de las “medidas relativas á solidar su union baxo el nuevo sistema” (Gaceta 2). De modo comparable, en febrero de 1812, Camilo Henríquez unía la aparición de la Aurora de Chile a un proyecto definido por “las miras, y planes adoptados por el sistema justo de la libertad de América” (Prospecto 2). Su propuesta periodística contribuiría a eliminar “la ignorancia” y “consolidar la opinión, disipar infundados recelos, y perseguir, combatir los errores hasta en sus últimos atrincheramientos” (Prospecto 1). El periódico sería, a la vez, un apoyo a “los esfuerzos de una administración sagaz y activa”, decidida a lograr “las maravillas de nuestra regeneración” (Prospecto 1). En función de tales propósitos, la Aurora aseguraría “la frecuente noticia de las providencias paternas, y patrióticas de un Gobierno benéfico, provido, infatigable, y regenerador” (Prospecto 1). [*excerpt*]

Keywords

Gaceta de Buenos Aires, Prospecto, Aurora de Chile, Camilo Henríquez

Disciplines

Latin American History | Latin American Literature | Spanish and Portuguese Language and Literature | Spanish Literature

PERIODISMO, ORDEN Y COTIDIANEIDAD: *PRESENTACIÓN DE LA GACETA DE BUENOS AIRES* DE MARIANO MORENO (1810) Y *PROSPECTO DE LA AURORA DE CHILE* (1812) DE CAMILO HENRÍQUEZ

POR

ALVARO KAEMPFER
University of Richmond

En junio de 1810, Mariano Moreno aseguró que la *Gaceta de Buenos Aires* nacía para apoyar la exactitud, sinceridad, franqueza y continuidad del orden creado por la Revolución de Mayo y garantizar “que el Pueblo no resfríe en su confianza” (*Gaceta* 1-2). El periódico enfrentaría el engaño intencional e interesado, el uso malicioso de los errores del gobierno y la ignorancia sobre los asuntos públicos. Buscaría cohesionar a sus lectores y ordenar una sociedad en transición, ayudando a evitar “al fin una disolución, que envuelve a toda la comunidad en males irreparables” (*Gaceta* 1). Se planteaba, además, asegurarle a Pueblos y Provincias la transparencia de las “medidas relativas á solidar su union baxo el nuevo sistema” (*Gaceta* 2). De modo comparable, en febrero de 1812, Camilo Henríquez unía la aparición de la *Aurora de Chile* a un proyecto definido por “las miras, y planes adoptados por el sistema justo de la libertad de América” (*Prospecto* 2). Su propuesta periodística contribuiría a eliminar “la ignorancia” y “consolidar la opinión, disipar infundados recelos, y perseguir, combatir los errores hasta en sus últimos atrincheramientos” (*Prospecto* 1). El periódico sería, a la vez, un apoyo a “los esfuerzos de una administración sagaz y activa”, decidida a lograr “las maravillas de nuestra regeneración” (*Prospecto* 1). En función de tales propósitos, la *Aurora* aseguraría “la frecuente noticia de las providencias paternales, y patrióticas de un Gobierno benéfico, provido, infatigable, y regenerador” (*Prospecto* 1).

En la disputa política por la conducción de un orden en crisis y transición, la *Gaceta* y la *Aurora* eran apuestas periodísticas hechas sobre un espacio público en construcción y sobredeterminado por la instalación de una cotidianeidad noticiosa. La circulación de la letra periódica quería hacer de sus lectores el núcleo dinámico de una comunidad desplegada sincrónica y estratégicamente a partir de un acto de lectura. Las publicaciones unirían una escritura de emancipación a la creación ideológica del cuerpo político, capaz de leerla y ejercer la soberanía reclamada por sus respectivos cabildos. Soberanía, emancipación y homogeneización eran aspectos de un solo movimiento histórico que haría de las autónomas unidades coloniales los agentes de su entrada a la Modernidad. Aunque la prensa no era una de las causas del proceso, sí constituía una pieza vital del empeño autonomista por “cambiar la base de fidelidad de sus súbditos” (Earle 30; Oría 135). En sus respectivas presentaciones, Moreno y Henríquez esbozaron un periodismo que unía la continuidad de esas unidades coloniales a una genealogía occidental sobre la

que articulaban orgánicamente prensa e intelectualidad. Desde allí, se proponían homogeneizar una sociedad en transición, acotar el debate de su crisis y delinear los agentes y escenarios de su recomposición política.

Las propuestas de Moreno y Henríquez surgían y encaraban una “crisis política que [afectaba] a una unidad política hasta entonces de una extraordinaria coherencia” (Guerra 21). Sus planes ubicaban la defensa del orden local dentro de una universalidad sujeta al mismo Occidente que había creado el sistema colonial y desatado su crisis (Halperín Donghi 10). Como indica Carlos Alonso, la Modernidad era el tropo maestro de la autoridad hegemónica de Occidente o, en términos de Mignolo, se trataría del discurso que lo habría construido (Alonso 19-20; Mignolo, *Local Histories* 107). Siguiendo en esto a Santiago Castro-Gómez, la Modernidad constituiría la producción “de alteridades que, en nombre de la razón y el humanismo, excluye de su imaginario la hibridez, la multiplicidad, la ambigüedad y la contingencia de las formas de vida concreta” (145). Los periódicos iban a contribuir a forjar una comunidad política en relación con dicho proceso e inscribían allí la intelectualidad criolla. De hecho, Aníbal González señala que el periodismo del ciclo independentista fue el que unió Modernidad e intelectualidad criolla (19). Esta afiliación cultural, unida al reclamo de soberanía del discurso de emancipación, replanteaba la matriz histórica de una polis colonial cuya trayectoria reclamaba un estatuto occidental (Coronil, “Naturaleza” 93). Bajo el mismo tropo maestro de la autoridad cultural de Occidente, surgía lo que Walter Mignolo ha llamado una “razón postcolonial” que venía a cuestionar la subordinación colonial (“Are Subaltern” 64). En ese doble juego, Moreno y Henríquez esbozaron las fronteras de lo local en relación con un circuito noticioso orientado por la construcción de una nueva comunidad política (Godoy 20). Los bordes de esa comunidad remiten al tiempo de su construcción a partir de lo que Pablo Oyarzún, en términos contemporáneos, por cierto, ha indicado como la mediación institucional de la información que se importa (20-21).

Esa mediación entre el adentro y el afuera sugiere en Moreno una comunidad donde la *Gaceta* “anuncie al público las noticias exteriores e interiores que deban mirarse con interés” (*Gaceta* 3). Henríquez sitúa esos ámbitos sobre la apertura de lo local a un mundo siempre externo, del que la imprenta sería uno de sus dispositivos. En la coyuntura autonomista, los límites se distienden, llegan escuelas y se abren los puertos haciendo posible que los “libros, las máquinas, los instrumentos de ciencias, y artes se [internasen] sin las antiguas trabas” (*Prospecto* 2). Si, como señala Benedict Anderson, la colonia mostró que su administración generaba sentido de comunidad, el periodismo lo derivaba de una cotidianeidad noticiosa que cohesionara su espacio público (53). La ruptura colonial situaba lo local en su apertura al mundo y afirmaba irreversible condición subalterna frente a una historia que intuía como propia y, aún así, en otra parte. En un sentido similar a la hipótesis de Dipesh Chakravarty, el sujeto de esa historia seguía siendo Europa, más allá del reclamo de sus agencias y espacios locales (27). Bajo esta perspectiva, Henríquez hace de la ruptura colonial el retorno de una comunidad a su presunta, originaria y natural pertenencia. A esto aportaría la letra periódica. Aquello que había estado vedado iba a ingresar mediante una prensa que uniría, según Juan Rómulo Fernández, el derecho de los pueblos a saber con el de la libertad de escribir (49-50). Cuerpo social y singularidad individual eran articulados a la escritura y su circulación por

medio de una fórmula que reemplazaba la fractura entre colonialismo y soberanía por un imperativo de *tranquilidad* y *orden*. Allí, se observa que para la élite decimonónica chilena, según Ana María Stiven, “[l]a relación de poder no surgía de un contrato social, aunque los sectores más liberales reconocieran la existencia de éste” (42).

Lejos de la visión predominante en los estudios postcoloniales, como en Robert Young, la dinámica descolonizadora no suponía el desmontaje del sistema colonial (57). Como afirma Jorge Klor de Alva, ese desmontaje era imposible debido a la complicidad criolla con la genealogía fundacional y *civilizatoria* del paradigma colonial (246-7). En tal sentido, Moreno y Henríquez asociaron su desmontaje a una amenaza de disolución social frente a lo que asumían la defensa de la continuidad y del orden social sincronizando su cotidianeidad política e ideológica con la circulación noticiosa. Planteaban la restauración de un linaje histórico, del que habían sido arrojados, ingresando a un tiempo *universal* que enmarcaba el anhelo de orden, cohesión y singularidad *local*. Incluso, la pauta para evaluar la gestión pública era, dice Moreno, “la tranquilidad de todos los habitantes” (*Gaceta* 1). En función de lograr esa tranquilidad, Henríquez veía el periódico como un mecanismo capaz de afianzar la fuerza militar, social y política que “sostendrá el respeto debido a la primera Magistratura” (*Prospecto* 2). Se trataba de revoluciones controladas y concebidas bajo el impreciso campo semántico de los cambios, para decirlo en términos de Alexander J. Motyl (25). Esos cambios, según Xavier-François Guerra, eran parte del reclamo de soberanía con que el mundo hispano buscó resolver la crisis política abierta por la invasión francesa de España (115-17). Se trataría, como sostuvo Henríquez, de “un tiempo en que el antiguo mundo muda de aspecto, y la América recobra su dignidad” (*Prospecto* 3). Si bien Enrique Dussel ubica este fenómeno más recientemente, la idea de un tiempo que unifica en la respuesta al desafío de la Modernidad emerge aquí durante la crisis colonial (221-2).

La presentación de la *Gaceta* y el prospecto de la *Aurora* abordan la crisis del sistema colonial situando sus respectivos proyectos periodísticos tras la restitución de la genealogía occidental de las colonias hispanas para forjar un cuerpo político soberano. La recuperación o trazado y defensa del pasado de ese cuerpo, era un imperativo que, en un cuadro de debilidad política estructural, exigía un medio que diseminara la voz oficial. El periódico venía a ser no sólo un recurso técnico sino una operación política para zanjar lo que Juan Carlos Garavaglia llamara la tensión entre coerción y hegemonía (139). La cotidianeidad noticiosa local sería dibujada bajo un tiempo occidental cuyos relatos hegemónicos sobre el espacio público sobredeterminaría la hechura de la sociedad civil. La nación no es allí un problema ni un objetivo frente al imperativo de asegurar la continuidad política de un orden social, cultural y político. Era, apenas, una de las posibilidades abiertas, según Fernando López-Alves, por la guerra de independencia (28). En dicho diseño, la circulación noticiosa de la cotidianeidad iba atada a la restauración mediática e histórica del pasado en aras de la cohesión social y la reafirmación del orden autónomo de las otrora unidades coloniales. En el relato de ese orden, uniendo tiempos y lugares, el periódico regularía tanto el adentro y el afuera como el pasado y el futuro al sincronizar una comunidad política. No se cuestionaba sólo la sujeción a los centros ibéricos sino, sobre todo, el abandono del que habrían sido objeto y que habría hecho posible, explica Henríquez, que “se corrompieron las costumbres” (*Prospecto* 1).

La ruptura con la dominación española era un salto hacia un futuro que restauraba la ligazón a un Occidente del que España estaba ausente. Roto un “insufrible silencio de tres siglos”, la *Aurora* partía tras “la voz de la razón, y de la verdad” cuyo decurso iba de Sócrates, Platón, Tulio y Séneca, a “los Escritores mas celebres de Inglaterra, de Francia, de Alemania” (Prospecto 1). A esa trayectoria se unía las colonias refutando el control español y negándole a España rol alguno en la arquitectura histórica de la modernidad. El dominio ibérico había sido la despótica expulsión de la América española de la razón occidental y sobre esa exterioridad se habría establecido su subalternidad. Si bien “[d]esapareció en fin este triste periodo”, dice Henríquez, “aún sentimos sus funestas influencias” (*Prospecto 1*). La *Aurora* inauguraba un ciclo histórico de dismantelamiento ideológico de la herencia ibérica. La Modernidad proveía de un relato de emancipación y de una estrategia de reencuentro con un Occidente al que se pertenecía por estirpe y genealogía. El periódico haría circular sus comunes, manifiestos y compartidos paisajes ideológicos. En la divulgación de esos paisajes ideológicos, parafraseando a Coronil, la supremacía del tiempo sobre el espacio unificaba con paisajes ideológicos desligados de su particularidad local (“Towards” 355). El fenómeno emerge durante la crisis colonial que abre la viabilidad de un orden autónomo. La empresa llevó a Moreno a llamar “a los sabios de estas Provincias para que escriban sobre tan importantes objetos” (*Gaceta 3*). En Henríquez, las voces de la razón iban a ser oídas gracias a “el grande, el precioso instrumento de la ilustración universal: la Imprenta” (*Prospecto 1*). La imprenta, en ese agitado verano santiaguino de 1812, era pieza central del engranaje narrativo de Occidente. Al otro lado de los Andes, dice Héctor Tanzi, “[l]a *Gazeta de Buenos Aires* se transforma en el vínculo de difusión de nuevas ideas” (276).

Moreno, menos impactado que Henríquez por la imprenta (ya se la usaba con regularidad en el Plata), subraya su dimensión pragmática. Era el periódico, a fin de cuentas, el que iba a conectar el aquí, de Buenos Aires, los Pueblos y Provincias, con el allá, “de las noticias prósperas o adversas que manifiestan el sucesivo estado de la Península” (*Gaceta 2*). No se trataba sólo de informar sino de poner a los lectores frente a hechos e ideas donde pudieran reconocerse como parte de dinámicas que excedían los límites de la ciudad colonial (Anderson 24-5). Esas simetrías dibujaban un tiempo y una historia que, para Moreno, le imponían al gobierno la misión ética y el “deseo de asegurar la felicidad de estas Provincias” (*Gaceta 3*). Era un anhelo estratégico de redención histórica, abundancia y felicidad cuyo desafío programático debía satisfacer el gobierno y cuya difusión le cabía a la letra periódica. Periodismo y gobernabilidad se iban a unir en la defensa de la autoridad cultural de un Occidente cuya genealogía histórica no sólo los llevaba a una remota aurora griega sino que fijaba sus desafíos. Esta visión, dice Alfonso Valdebenito a partir de Miguel Luis Amunátegui, llevó a Henríquez no sólo a obviar la polémica sino que, incluso, “las desavenencias domésticas de los patriotas entre sí” (212). Henríquez opta por subrayar su propia certeza de “que no distan los días en que se abran las fuentes de la abundancia, de la riqueza y prosperidad” (*Prospecto 2*).

En el luminoso futuro imaginado por Henríquez, “[s]e establecerán Fábricas, se hará con arte el trabajo de las Minas, florecerá la agricultura” (*Prospecto 2*). Más allá del esfuerzo intelectual decimonónico por trazar lo que a partir de la experiencia mexicana Anthony Higgins llama el archivo criollo, para representar y subrayar el conocimiento de

la exhuberancia local en la construcción de un sujeto histórico y sus escenarios de poder, la articulación de ese sujeto es aquí posible a partir del paradigma de la Modernidad (13). La felicidad y la abundancia no residían en la naturaleza americana sino en el destino común y manifiesto de una Modernidad que daba las claves universales de la realización humana. Frente a ella, los proyectos periodísticos desbordaban la intención de “sostener con dignidad los derechos del Rey y de la Patria”, en Moreno, o de “sostener los derechos del desgraciado Fernando”, en Henríquez (*Gaceta 2, Prospecto 2*). Plantean, así, una búsqueda de nuevas bases capaces de ligar Modernidad, cotidianidad y texto noticioso a partir de un saber epistémicamente fracturado. Sin embargo, no creo que se trate de la fractura ideológica vista por Gayatri Spivak en sociedades recién descolonizadas (*Outside 47-8*). Es decir, no era una fractura dada por la incongruencia entre un discurso occidental y otro ajeno a éste ni por el palimpsesto de continuidades precoloniales y postcoloniales rotas por la imperfecta, sigo a Spivak, imposición de la episteme Ilustrada (*A Critique 239*). Las fisuras que acusaban un quiebre político estaban enmarcadas por el proyecto colonial y por la construcción de un orden que respondiera a su trayectoria. Se buscaba retornar a Occidente, reproduciendo en ese gesto fundacional de un nuevo orden lo que Saurabh Dube observa como la metageografía que ha ordenado el mundo bajo el binarismo oriente/occidente (201). Ese retorno se lograría, en Henríquez, con el apoyo de un discurso noticioso que circularía al interior de la ciudad colonial sin subvertir la base epistémica de su arquitectura social y política. Su contracara era la soberanía reclamada a ambos lados de la cordillera y ejercida por las ciudades (Goldman, *Revolución 23*). Si bien pudo ser un saber fracturado por el choque de fuerzas retrógradas y modernizadoras que lleva a Beatriz González Stephan a ver sistemas bipolares, hegemónicos y cerrados de conflicto, ni el choque ni esas tendencias acusan un choque epistémico (45).

Moreno y Henríquez afirman la vigencia de la matriz colonial y su compatibilidad con su pertenencia occidental y su asunción de la Modernidad. Ambas serán articuladas y diseminadas por el relato noticioso en función de la configuración de una nueva comunidad política. No extraña, entonces, que C. Galván Moreno vea en la presentación de Moreno a la *Gaceta* no sólo un “monumento del periodismo argentino” sino los “jirones” fundacionales e históricos de la nación misma (54). Trayectoria occidental, proyecto colonial y *patriotismo* convergen en un relato de emancipación puesto a circular sobre un deseo de orden, felicidad y gobernabilidad; que subraya la exactitud, sinceridad y franqueza de la junta porteña, y el carácter benéfico, pródigo, infatigable y regenerador del directorio carrerino. Allí, el periódico articularía una comunidad de lectores y dibujaría la relación entre gobernabilidad e intelectuales. Moreno lo hace apelando a la ilustración que “los grandes talentos pueden únicamente reducir a su primitiva claridad” y Henríquez invitando a retomar la “educación que fue abandonada” (*Gaceta 3; Prospecto 1*). Formulados estos objetivos y alianzas, la propuesta periodística es lanzada tras un pacto narrativo que exceda el juego binario de colonialismo y Modernidad para situar un tercer espacio donde el deseo de orden prima para la continuidad de la comunidad.

Moreno asegura que con la *Gaceta*, “[l]os sanos principios, el conocimiento de nuestros eternos derechos, las verdades sólidas, y útiles van a difundirse entre todas las clases del Estado” (*Prospecto 1*). Esta difusión suponía la defensa de esos *eternos derechos* con lo que, tal como señala Hebert B. Smith, Moreno manifestaba que a los

pueblos “se los conquista por la fuerza del espíritu, así como a los enemigos se los vence con la fuerza de las armas” (42). Su propuesta derivaba la cohesión ideológica de la asunción de un cuerpo permanente de derechos y uno de ellos implicaba, para Moreno, que “[e]l Pueblo tiene derecho á saber” sino porque rechaza “aquellas reservas y misterios inventados por el poder para cubrir los delitos” (*Gaceta* 2). La reflexión sobre el poder y la información pública, así como la defensa de una germinal sociedad civil sobre el arco de lectores de una ciudad colonial que aún insiste en su lealtad a Fernando VII, no agotaban, sin embargo el rol fiscalizador del periódico a la coyuntura sino que lo liga a una transición histórica. El pacto de lectura planteado por el periódico emergía unido a una ética de transparencia pública. Velar por el “nuevo sistema” en Moreno o el “sistema naciente” en Henríquez es hacer del ocultamiento oficial de información un delito y de la conspiración política el principal adversario del periodismo. De hecho, Noemí Goldman ha indicado que la misma escritura periodística de Moreno iba orientada a “desenmascarar la conspiración de las autoridades coloniales” (*Historia* 33). Al mismo tiempo, Moreno advierte que “el choque de las opiniones pudiera envolver en tinieblas aquellos principios que los grandes talentos pueden únicamente reducir á su primitiva claridad” (*Gaceta* 3). Por la misma razón, Henríquez considera que la patria misma hace esos reclamos y, en consecuencia, llama a defender con inteligencia y escritura la claridad de la ruta asumida (*Prospecto* 1). La *Gaceta* se compromete a publicar “las discusiones oficiales de la Junta con los demás Jefes y Gobiernos, el estado de la Real Hacienda, y medidas económicas para su mejora y una franca comunicación de los motivos que influyan en sus principales providencias” junto a la reflexión ilustrada (*Gaceta* 3). La *Aurora* une ese compromiso de transparencia a la convicción de que “[s]implificada, la administración recibe un movimiento más enérgico y vivo” (*Prospecto* 2). La fórmula liga conducción política, eficiencia administrativa y transparencia informativa y, desde allí, busca articular la intelectualidad criolla.

Moreno quiere contar con “la utilidad de los discursos de hombres ilustrados que sostengan y dirijan el patriotismo y fidelidad que tan heroicamente se ha desplegado” (*Gaceta* 3). Henríquez llama: “[v]enid pues, oh sabios de Chile, venid, ayudad, sostened con vuestras luces” y añade, que “[l]a Patria os invoca. Toda América espera algo bueno de nosotros” (*Prospecto* 1). La habermasiana observación de John Beverley de que la Modernidad buscó crear una sociedad transparente subsume, aquí, pacto de lectura y matriz colonial del orden político a la articulación orgánica de la intelectualidad criolla (49). En dicho contexto, se delinear como principales adversarios no tanto la reacción española sino la erosión de la misma comunidad. Moreno, sobre todo, advierte sobre el peligro de la más radical de las amenazas que ésta enfrenta: su “disolución” (*Gaceta* 1). Los límites a la transparencia pública estarían dados por la defensa de la cohesión y continuidad social frente a saberes que atenten contra ellas. Aún así, Moreno le exige al gobierno “fiar a la opinión pública la defensa de sus procedimientos” (*Gaceta* 2). El periódico sería uno de los mecanismos que permitiría tratar lo que Darío Roldán llama “la inevitable ‘distancia’ entre representantes y representados” (29). Henríquez, por su parte, liga la homogeneidad ideológica y la confianza pública al “agrado del Público a este periódico” (*Prospecto* 3). El apoyo público al periódico mediría la adecuada marcha del proceso político y la ruta a la Modernidad. El nexo entre periódico y gobierno hace posible,

precisa Moreno, “una sincera y franca manifestación de los estorbos que se oponen al fin de su instalación y de los medios que adopta para allanarlos” (*Gaceta* 2). Henríquez asegura, a su vez, que para seguir el “movimiento grande, e inesperado hacia la felicidad” habría que “combatir los errores hasta en sus últimos atrincheramientos” (*Prospecto* 1). De hecho el decreto que creó la *Aurora* buscó un editor que dispusiera “la ilustración popular de un modo seguro, transmitiendo con el mayor escrúpulo la verdad que sola decide la suerte y crédito de los gobiernos” (Vicuña Cifuentes iii). La búsqueda apuntaba a sostener un discurso hegemónico y las maquinarias textuales capaces de asegurarlo. Como ha señalado Renato Cristi, no bastaba la cohesión de la élite para asegurar su hegemonía sino que se precisaban mecanismos e instituciones que la consolidaran (28). El periódico sería una de ellas.

Para Partha Chatterjee, el nacionalismo, manifestación de la visión racionalista burguesa del conocimiento en la Europa post-ilustración, habría sido la base moral y epistemológica de la estructura conceptual que perpetúa la dominación colonial (11). Esta ecuación, planteada también por E. J. Hobsbawm, es la que haría posible la fundición de nación y Modernidad (14). La legibilidad de este fenómeno en Moreno y Henríquez supone la conversión del legado y el orden colonial en un discurso de orden y transición cuyo despliegue irá configurando una comunidad de bordes precisos. Sin embargo, al ser lanzadas estas propuestas periodísticas subrayan su ligazón a una matriz colonial del orden que nos recuerda que la *nación* remitía, entonces, al conjunto del imperio español (Vallejos de Llobet 88). La ligazón entre colonia y autonomía impide hacer de esas unidades políticas autónomas un efecto directo de la Modernidad ni reducirlas a producto del choque entre colonia e independencia. Hay allí elementos no negociables de un orden que se mueve en los bordes de una racionalidad política e integra ambos aspectos a una voluntad de autonomía y soberanía de imprecisos límites. Bajo esas condiciones, la apelación a la patria, tal como se observó en relación con Henríquez y los mapuches, esboza una pertenencia telúrica que desplaza este problema. Asimismo, surge como sustento epistémico de un discurso no sujeto a la articulación histórica de un orden político sino a la unidad y conservación de vínculos *naturales* y dados.

Henríquez remite a “[l]os fuertes habitantes de los quatro Ultramapus, los indios [que] nos prometen una cooperación activa para repeler los insultos extranjeros, y sostener los derechos del desgraciado Fernando” (*Prospecto* 2). Luego, sostiene la certeza de que “no dista el bienhadado momento de su conversión, civilización y cultura” (*Prospecto* 2). Al ser ese objetivo una tarea de las entidades autónomas del sistema colonial, la conversión cultural de *nosotros* y *nuestros otros* es un aspecto vital del orden que se propone reinscribir estas comunidades en la trayectoria occidental. Es el programa de una Modernidad que hace del desafío colonial uno de sus aspectos constitutivos. Paradójicamente, sin embargo, es en la gente de los *ultramapus* donde “se conservan puros los rasgos de nuestro carácter nacional, y primitivo” (*Prospecto* 2). Esto no sólo evidencia un dispositivo cultural que define una comunidad por lo que carece o por la mímica de aquello que ha de cambiar para perpetuarse sino, sobre todo, hace que sus eventuales categorías de unidad política sólo sean legibles al interior de la Modernidad. Allí, Moreno afirma “sostener con dignidad los derechos del rey y de la Patria” y Henríquez asegura apoyar “un Gobierno infatigable para el bien de la Patria” (*Gaceta* 2; *Prospecto* 2). La

patria es, en ambos, una entidad cuya exterioridad frente al discurso y la maquinaria política no obsta su asunción como un punto de apoyo y legitimación. Tras su apelación a ella, el periódico dibuja un espacio cotidiano de circulación noticiosa donde convergen el orden natural y el orden social. En ese espacio, la patria es un dispositivo retórico de legitimación política cuyo telúrico sustrato ideológico enmarca la geografía cívica de una comunidad y su proyección histórica. Es, en cierto modo, explicable a partir de la noción de comunidad de Raymond Williams, idea proto-nacional que une gente que comparte una misma tierra natal (111). Sin embargo, la articulación al universalismo de la Modernidad no es vista como pérdida sino como restauración.

La letra periódica no sólo respondería a una narrativa de afiliación universal sino que sobre ella delinearía su soberanía y perfilaría su singularidad telúrica como rasgo específico de ingreso a la Modernidad. Siguiendo a Mignolo en su lectura del debate independentista, la *Gaceta* y la *Aurora* subordinan la invención, cohesión y disciplina de una comunidad política a su legitimidad e inscripción occidentales (*Local Histories* xiv). Al proyectar la letra periódica en dicho proceso, el discurso gubernamental se repliega sobre el texto noticioso, evade la dialéctica negativa de su articulación a la modernidad y diluye la colonialidad del poder en un gesto de restauración genealógica como acto fundacional. En la sintaxis cotidiana de esa comunidad política, articulada por la circulación noticiosa, la letra periódica lleva a cabo lo que Aníbal Quijano ha llamado la “rearticulación de la colonialidad del poder sobre nuevas bases institucionales” (236). Como indica Germán Colmenares, se trata de comunidades que no “podían moldearse enteramente a voluntad” y menos obviando que venían sido “enteramente desprendidas de un pasado despótico” (31). En tal sentido, tras la decapitación política de la monarquía española que a partir de 1808 permitió que los cabildos reclamaran su soberanía y sancionaran su autonomía en torno a 1810, estos proyectos periodísticos no podían desligarse de esa matriz colonial. Sobre el ausente cuerpo del rey y el difuso de *los pueblos*, la soberanía y el autogobierno de la ciudad colonial eran unidos por la circulación noticiosa. Se trataba de un desafío que lleva a Moreno a subrayar que era un gobierno cuya “calidad provisoria de su instalación redobla la necesidad de asegurar por todos los caminos el concepto debido a la pureza de sus intenciones” (*Gaceta* 1). Allí, el rey y la patria son zonas de indeterminación de los relatos de gobernabilidad.

Henríquez buscará que la letra periódica apoye un gobierno que tendrá “en consideración quanto contribuya a promover la pureza de las costumbres, la población, y el decoro de la Iglesia” (*Prospecto* 2). La lealtad cultural con el proyecto colonial posee, sin embargo, matices frente a la decisión del gobierno carrerino de liberar “para siempre de todo derecho eclesiástico los óleos, los matrimonios, los entierros sin pompa” (*Prospecto* 2). Bajo el imperativo general de restituir la “pureza de las costumbres”, el periódico delimitará un perímetro cívico, antes ilegible, donde hacer posible la convergencia de lectores, Modernidad y gobernabilidad. Esa convergencia tiene un tono inclusivo que no se condice con el orden que se busca consolidar y que evidencia las disidencias al interior del mismo discurso periodístico en la configuración de un bloque hegemónico. Tanto la certeza de Moreno de que “todos van a tener parte en la decisión de su suerte” como la participación de los pueblos en “los pasos inciertos y vacilantes de un systema naciente” indicada por Henríquez, van en tal dirección (*Prospecto* 1; *Presentación* 2). En

cierto sentido, el llamado a la participación pública también guarda relación con el espacio de disidencia tolerable al interior de una ciudad colonial cuya razón y verdad occidental sostienen su emplazamiento político. Ya no sólo el rey, sino que la patria y la Modernidad, como ámbitos intocables, emergen unidos por la narrativa periodística que hace circular la cotidianeidad. Allí, afuera del discurso y de los imperativos políticos a los que responde el periódico, siguen en pie los legitimadores últimos de su discurso. Sobre la textura noticiosa, el nuevo orden no pasa sólo por la mirada y el papel de una comunidad de lectores sino, más bien, por el relato de su propia metamorfosis. La sinonimia entre audiencia lectora y comunidad política sobre estos presuntos agentes de soberanía, los lectores de la *Gaceta* y de la *Aurora*, fija el tamaño de su protagonismo. De un lado, hay que asentar el relato de gobernabilidad sobre un tiempo hegemónico que, como indica Alberto Moreiras, sea capaz de reubicar la autoridad cultural de Occidente (45). De otro, forjar un escenario donde dirimir o negociar lo que Brian Loveman y Elizabeth Lira llaman las diferencias “intra-élite” de ese decimonónico orden en transición (66). El fenómeno no sólo compete a la *Aurora*.

La *Gaceta* separa dos ámbitos de interlocución bajo un mismo compromiso político. Moreno no sólo cree necesario garantizar la transparencia, comunicación y mutuo respaldo con la Junta frente al eventual Congreso que ha de zanjar un orden definitivo sino que, sobre todo, ante “la opinión pública” (*Gaceta* 2). De cara al desafío de asegurar un orden, la claridad supone el manejo de “aquellos principios políticos que deben reglar su resolución” (*Gaceta* 2). Se busca, desde un comienzo, transparentar las reglas que normen la creación del orden porque “su franqueza desterrará toda sospecha” (*Gaceta* 2). Henríquez también subraya la transparencia de la metamorfosis del orden colonial al desear que el periódico “comunique a todos los espíritus, y se disipe aquella sensibilidad, y estupor, que no es de nuestro carácter, sino que es consecuencia necesaria de un sistema Colonial y opresor” (*Prospecto* 3). Esta puesta en circulación de lecturas y lectores no sólo asienta un relato de gobernabilidad sino que asegura su despliegue sobre un territorio cuya geografía cultural responde al espectáculo del poder o, más bien, de su disputa como un mecanismo que lo constituye al interior de la ciudad colonial en crisis. El nudo que ata comunidad interpretativa, ciudadanía y espacio público define una relación con el saber y, particularmente, con la sintaxis textual y noticiosa de su cotidianeidad política. Sin embargo, esta invitación al público no implica atribuirle ni adjudicarle protagonismo político alguno ya que los lectores, al menos en las presentaciones, son una muda virtualidad para aquello que se destila, transparente y bien intencionado, en las esferas oficiales. El propósito es preservar su tranquilidad y es bajo esta perspectiva que se definen invitaciones y se acotan los niveles de participación.

Moreno convoca a “los sabios de estas provincias”, y Henríquez llama a los “sabios de Chile” para “ayudad, sostened con vuestras luces, meditaciones, libros, y papeles, nuestros débiles esfuerzos, y trabajos” (*Gaceta* 3; *Prospecto* 1). El primero insiste en que los lectores tienen asegurado su “derecho a saber la conducta de sus Representantes” y el segundo los conmina a “Creed” que el gobierno está encauzado (*Gaceta* 2; *Prospecto* 2). La relación entre los que saben y los que leen surge mediada por el texto noticioso que los integra en un solo circuito. El periódico integra el saber de intelectuales articulados al proyecto de un orden autónomo y lo subordina a una ideología patriótica, con las

salvedades hechas en torno a *patria*, orientada a consolidar la Junta porteña o el Directorio carrerino. En esta relación entre saberes disciplinarios y lectores ilustrados, tras la defensa y proyección social del orden colonial, se juega la orgánica ligazón de los intelectuales con un orden postcolonial. La suerte de uno y otros está unida a una dinámica política cuyo tiempo está sujeto a la circulación noticiosa que vincula Modernidad y cotidianeidad.

Esa Modernidad, más allá de la definición dada anteriormente o en relación con ella, no es sólo la fórmula de Henríquez que simplifica la administración política en aras de su eficiencia ni la de Moreno que une ilustración pública y gobernabilidad. Ambos abogan, además, por la construcción de una sociedad transparente. Ella se relaciona, por lo mismo, con el nexo entre intelectualidad, prensa y proyecto político. Cabe recapitular diciendo que Moreno asegura que la *Gaceta* anunciará semanalmente “al público las noticias exteriores e interiores que deban mirarse con interés” (*Gaceta* 2). Henríquez, por su parte, afirma que la *Aurora* viene a responder a la necesidad de un medio que “consolidase la opinión, y comunicase a todas las Provincias las noticias del día” (*Prospecto* 3). En ambos, tanto la “recuperada” soberanía como la resistencia al control peninsular demarcan un espacio político cuya cotidianeidad nace sujeta a la temporalidad hegemónica de un Occidente en rearticulación que determina la cartografía histórica y política local. Más allá del énfasis local puesto por Moreno, esa cotidianeidad deriva de una voluntad gubernamental dirigida a “consolidar la grande obra que se ha propuesto” el gobierno (*Gaceta* 2). En Henríquez, esa gran obra permite la integración comercial de “nuestros puertos [que] se abren a todas las naciones” y celebra que “[l]os libros, las máquinas, los instrumentos de ciencias, y artes se internan sin las antiguas trabas” (*Prospecto* 2). Se trata de una visión de Occidente como mercado cuya circulación de productos no sólo integra y atribuye roles sino que cohesiona sobre un tiempo único. En dicho contexto, el estatuto occidental de las autónomas unidades coloniales remite a una genealogía cuyo presunto y común origen cuestiona la ruptura de su continuidad operada por el despotismo español y lo que se busca es retornar a ella. El reclamo de soberanía no consolida una ruptura sino que afirma una continuidad. Este desafío le permite a Moreno y Henríquez sostener la dislocación de colonialismo y Modernidad.

Ahora bien, esa inclusión al circuito occidental y cerrado de circulación de la razón no implica la equidad de todos sus segmentos. De hecho, se asegura un modelo básico de exportación de singularidades básicas y de consumos de productos elaborados: libros, máquinas, instrumentos, arte. Aún así, es tanto la consolidación de un programa gubernamental como esta integración específica a un circuito global de bienes lo que caracteriza el relato de emancipación y la cotidianeidad construida por su texto noticioso. Allí, la mediación de lo local y lo occidental no sólo guarda relación con el periódico sino con la articulación de un cuerpo de intelectuales orgánicamente ligados a ese proyecto y cuya función no es debatirlo sino masificarlo. La función pedagógica de los hombres sabios es la única admitida por Moreno y Henríquez, para cohesionar la geografía política y cultural local dentro del reordenamiento de Occidente. La autonomía es autonomía en función de la integración o reintegración a Occidente y ésta supone, de suyo, el consumo de una narrativa de cotidianeidad previamente ordenada discursivamente por un cuerpo de intelectuales convocados desde el gobierno. Esto no implica hacer del reclamo de soberanía el efecto colateral de un fenómeno global, como podría derivarse de las

reflexiones de Anthony Giddens sobre la globalización (64). Se trata de ver en la mediación de los intelectuales con Occidente una propuesta que no sólo rompe con la sujeción a la península sino que produce una fractura ideológica. Allí, a partir de las coordenadas trazadas por el periódico oficial, es posible intuir la emergencia de una narrativa de ruptura y continuidad que articula descolonización y emancipación.

Tal como se indicó más arriba, la política comunicacional del gobierno carrerino define la *Aurora* en función de “consolidar la opinión, dicipar infundados rezelos, y perseguir, combatir los errores hasta sus últimos atrincheramientos” (*Prospecto* 1). Para Henríquez, “[l]a sublime idea de la libertad civil” es la que debe, afirma, “excitarnos al trabajo, encender la imaginación, y dar un nuevo tono a nuestra literatura” (*Prospecto* 1). Para cohesionar esa comunidad política en base a ese proyecto luminoso, cívico y transparente, se requiere no sólo contar con la primitiva claridad de una sintaxis del poder que ligue reflexión política, conducción política y bienestar económico. Se requiere, también, ordenar su tiempo local en función de un reloj universal y uno de los mecanismos decisivos de dicha sincronización será el periódico. La misma construcción de una comunidad política, no preexistente a ese momento, como señala José Carlos Chiaramonte, se torna parcialmente legible en la asunción de ese desafío cultural e histórico (11). Al formular un tiempo político sujeto a una cotidianeidad noticiosa cuya continuidad dada por la voz del poder, se requiere también la luminosa transparencia de su discurso. Juan Carlos Buceta señala que, desde su aparición el 7 de junio de 1810, la *Gaceta de Buenos Aires* afirmó “la necesidad, si no la obligación [del gobierno], de ponerse en estrecho y continuo contacto con la opinión pública por intermedio de la prensa periódica” (46). Si la hechura de una sociedad, como sugirió Raymond Williams, supone establecer un sentido y una dirección común, también exige precisar los ritmos y escenarios mediáticos donde se construyan y divulguen ambos (4). Sobre la base de estos criterios y desafíos asentados en la contemporaneización transparente de la experiencia política, se ordena narrativamente tanto el futuro como el pasado.

Estos relatos gubernamentales de transición no sólo son comprensibles bajo lo que Homi Bhabha llama narrativas de reconstrucción histórica, que negocian una imagen del pasado y un tiempo para resignificarlo a partir de los desafíos abiertos por ellas mismas (60). Son, también, el lugar donde se negocia un presente cuya aludida transparencia informativa hace del ocultamiento y la sospecha un delito tan grave como el exceso de información que llama a confusión. Allí, el gobierno interviene textualmente en base a una unidad informativa cuya aparición y circulación establece una medida temporal de funcionamiento político y un mecanismo de regulación institucional. Lo que se supone en juego, a partir de estas publicaciones, es a fin de cuentas el *nuevo sistema* de Mariano Moreno como el *systema nascente* de Camilo Henríquez. Estos planteamientos harían de la prensa periódica, en su formulación programática sobre un orden colonial en crisis, un recurso mediante el cual el poder se legitima y al mismo tiempo se expone para su evaluación en aras de la confianza. Su espacio público y la experiencia de lectura remiten a un tiempo que no se agota en uno ni otra sino que liga ambas a la sincronización histórica y política como uno de los principales problemas encarados por la transición a una Modernidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Carlos J. *The Burden of Modernity*. New York: Oxford University Press, 1998.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. London: Verso, 1991.
- Beverley, John. "The Im/possibility of Politics." *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Ileana Rodríguez, ed. Durham: Duke University Press, 2001. 47-80.
- Bhabha, Homi. "Culture's In-Between." *Questions of Cultural Identity*. Stuart Hall and Paul du Gay, eds. London: SAGE, 1996. 53-60.
- Buceta Bacigalup, Juan Carlos. *Apuntes para la historia del periodismo argentino*. Buenos Aires: Diario Norte, 1942.
- Castro-Gómez, Santiago. "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la 'invención del otro'". *La colonialidad del saber*. Edgardo Lander, ed. Buenos Aires: CLACSO, 2000. 145-61.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Chatterjee, Partha. *Nationalist Thought and the Colonial World*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- Chiaramonte, José Carlos. *El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana*. Buenos Aires: Cuadernos del Instituto Ravignani, 1993.
- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá: Tercer Mundo, 1987.
- Coronil, Fernando. "Naturaleza del poscolonialismo". *La colonialidad del saber*. Edgardo Lander, ed. Buenos Aires: Clacso, 2000. 87-111.
- _____. "Towards a Critique of Globalcentrism". *Public Culture* 12.2 (2000): 351-74.
- Cristi, Renato & Carlos Ruiz. *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1992.
- Dube, Saurabh. "Introduction: Colonialism, Modernity, Colonial Modernities". *Nepantla* 3/2 (2002): 197-219.
- Dussel, Enrique. "World-System and 'Trans'-Modernity." *Nepantla* 3.2 (2002): 221-44.
- Earle, Rebecca. "The Role of Print in the Spanish-American Wars of Independence." *The Political Power of the Word*. Ed. Iván Jaksí. London: ILAS, 2002. 9-33.
- Fernández, Juan Rómulo. *Historia del periodismo argentino*. Buenos Aires: Círculo de la Prensa, 1943.
- Galván Moreno, C. *El periodismo argentino*. Buenos Aires: Claridad, 1944.
- Gallo, Klaus. "Political Instability in Post-Independence Argentina, 1810-1827." *Nineteenth-Century Latin America* 3 (1999): 102-21.
- Garavaglia, Juan Carlos. "La apoteosis del Leviathán". *Latin American Research Review* 38-1 (2003): 135-68.
- Giddens, Anthony. *The Consequences of Modernity*. Stanford: Stanford University Press, 1990.
- Godoy, Feliciano N. *Historia de la Gaceta de Buenos Aires (Sus tres primeros años)*. Buenos Aires: Cantiello, 1910.
- Goldman, Noemí. *Historia y lenguaje*. Buenos Aires: CEAL, 1992.
- _____. *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

- González, Aníbal. *Journalism and the Development of Spanish American Narrative*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993.
- GonzálezStephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispano-americano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas, 1987.
- Guerra, Xavier-François. *Modernidad e independencias*. México: FCE, 1993.
- Halperín Donghi, Tulio. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*. Madrid: Alianza Editorial, 1985.
- Higgins, Antony. *Constructing the Criollo Archive*. West Lafayette: Purdue University Press, 2000.
- Hobsbawn, E.J. *Nations and Nationalism since 1780*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Junta de Historia y Numismática Americana, Ed. *Gaceta de Buenos Aires (1810-1821)*. Reimpresión facsimilar. Buenos Aires: Sudamericana de Billetes de Banco, 1910.
- Klor de Alva, Jorge. "The Postcolonization of the (Latin) American Experience." *After Colonialism*. Gyan Prakash, ed. Princeton: Princeton University Press, 1995. 241-75.
- López-Alves, Fernando. *State Formation and Democracy in Latin America, 1810-1900*. Durham/London: Duke University Press, 2000.
- Loveman, Brian & Elizabeth Lira. *Las suaves cenizas del olvido*. Santiago de Chile: LOM, 1999.
- Lynch, John. "Spanish American Independence in Recent Historiography". *Nineteenth-Century Latin America* 3 (1999): 13-42.
- Mignolo, Walter. "Are Subaltern Studies Postmodern or Postcolonial? The Politics and Sensibilities of Geocultural Locations". *Dispositio* 19 (1994): 45-73.
- _____. *Local Histories/Global Designs*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Moreiras, Alberto. *Tercer espacio*. Santiago de Chile: LOM, 1999.
- Motyl, Alexander J. *Revolutions, Nations, Empires*. New York: Columbia University Press, 1999.
- Oría, José. "El periodismo de Mayo". *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*. Raúl H. Castagnino, ed. La Plata: UNLP, 1961. 129-45.
- Oyarzún, Pablo. *La desazón de lo moderno*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2001.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". *La colonialidad del saber*. Edgardo Lander, ed. Buenos Aires: CLACSO, 2000. 201-46.
- Roldán, Darío. "La cuestión de la representación en el origen de la política moderna". *La vida política en la Argentina del siglo XIX*. Hilda Sabato & Alberto Lettieri, eds. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003. 25-43.
- Silva, Jorge Gustavo. *Los trabajadores del periodismo en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1929.
- Smith, Hebert B. *Mariano Moreno y San Martín en nuestro periodismo*. Buenos Aires: Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires, 1946.
- Spivak, Gayatri. *Outside in the Teaching Machine*. New York: Routledge, 1993.
- _____. *A Critique of Postcolonial Reason*. Cambridge: Harvard University Press, 1999.
- Stuven V., Ana María. *La seducción de un orden*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.

- Tanzi, Héctor. *El poder político y la independencia argentina*. Buenos Aires: Ediciones Cervantes, 1975.
- Valdebenito, Alfonso. *Historia del periodismo chileno, 1812-1955*. Santiago de Chile: Imprenta Fantasía, 1956.
- Vallejos de Llobet, Patricia. "Diferenciación y cambios semánticos en el léxico ideológico de la revolución de Mayo en la Argentina". *Lexis* 13/1 (1989): 69-93.
- Vicuña Cifuentes, Julio, Ed. *Aurora de Chile 1812-1813*. Reimpresión Paleográfica. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1903.
- Williams, Raymond. *Resources of Hope*. Robin Gable, ed. London: Verso, 1989.
- Young, Robert C. *Postcolonialism*. Oxford: Blackwell Publishers, 2001.

PERIÓDICOS CITADOS

Gaceta de Buenos Aires
Aurora de Chile
Prospecto